

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo C)

Pedir es propio del hombre. Es una actitud razonable de la que a veces nos olvidamos a causa de nuestra autosuficiencia. Sin embargo, todos nos damos cuenta de que lo que más deseamos escapa a nuestras fuerzas y deben dárnoslo. Ante Dios somos mendigos. Sin embargo, el Señor, en su misericordia, nos enseña una oración en la que nos reconocemos como hijos: el Padrenuestro. Dios nos enseña a pedir desde la confianza. Al mismo tiempo, al indicarnos la nueva relación en la que estamos con El, no como meras criaturas, sino como hijos, nos indica que podemos pedir con confianza. Esa confianza llega a su límite en el abandono. Abandonarse sin miedo quiere decir que el fundamento de todo está en la conciencia de pertenencia, en la seguridad de tener un Padre.

El cristiano no pide al vacío ni a lo indeterminado. Tampoco lanza su plegaria al aire. Reza con las mismas palabras que le ha enseñado el Hijo, y ya sólo por eso tiene la certeza de que va a ser escuchado.

Al pedir nos damos cuenta de que todo nos viene de Dios y, al mismo tiempo, constatamos su bondad. Cuando falta la petición, en el fondo lo que nos falta es conciencia de nosotros mismos. No pide quien cree que puede conseguirlo todo solo, o bien, el que desespera de la posibilidad de ser ayudado.

Nosotros no somos capaces de rezar siempre, pero cuando recitamos el Padrenuestro nos unimos a la oración de Quien, ininterrumpidamente, intercede por nosotros delante del Padre. De esa manera hacemos que nuestra oración dure siempre, porque repetimos las mismas palabras del Señor, que están profundamente escritas en su corazón. Decía la Madre Teresa de Calcuta: «La oración ensancha el corazón hasta ser capaz de contener el don que Dios hace de sí mismo». Lo mismo dice Jesús: «Cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo piden».

Ese es el horizonte de la petición. Teniéndolo presente podemos superar esas situaciones de aparente silencio de Dios. Le pedimos algunas cosas y no nos da exactamente lo que esperábamos. Si mantenemos el diálogo, si somos constantes en la oración, como hizo Abrahán en la primera lectura, acabaremos recibiendo lo más preciado, que es Dios mismo. Por eso dicen los santos que Dios siempre nos da lo que más necesitamos. Al rezar el Padrenuestro, que es la medida de toda oración verdadera, aprendemos a pedir de verdad lo que más nos conviene. Es así porque pedimos lo mismo que Jesús pide por nosotros.